



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO **ÁNGELUS** Plaza de San Pedro

III Domingo de Adviento, 13 de diciembre de 2015 [\[Multimedia\]](#)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy hay una pregunta que se repite tres veces: «¿Qué cosa tenemos que hacer?» (Lc 3, 10.12.14). Se la dirigen a Juan el Bautista tres categorías de personas: primero, la multitud en general; segundo, los publicanos, es decir los cobradores de impuestos; y tercero, algunos soldados. Cada uno de estos grupos pregunta al profeta qué debe hacer para realizar la conversión que él está predicando. A la pregunta de la multitud Juan responde que compartan los bienes de primera necesidad. Al primer grupo, a la multitud, le dice que compartan los bienes de primera necesidad, y dice así: «El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo» (v. 11). Después, al segundo grupo, al de los cobradores de los impuestos les dice que no exijan nada más que la suma debida (cf. v. 13). ¿Qué quiere decir esto? No pedir sobornos. Es claro el Bautista. Y al tercer grupo, a los soldados les pide no extorsionar a nadie y de contentarse con su salario (cf. v. 14). Son las respuestas a las tres preguntas de estos grupos. Tres respuestas para un idéntico camino de conversión que se manifiesta en compromisos concretos de justicia y de solidaridad. Es el camino que Jesús indica en toda su predicación: el camino del amor real en favor del prójimo.

De estas advertencias de Juan el Bautista entendemos cuáles eran las tendencias generales de quien en esa época tenía el poder, bajo las formas más diversas. Las cosas no han cambiado tanto. No obstante, ninguna categoría de personas está excluida de recorrer el camino de la conversión para obtener la salvación, ni tan siquiera los publicanos considerados pecadores por definición: tampoco ellos están excluidos de la salvación. Dios no excluye a nadie de la posibilidad de salvarse. Él está —se puede decir— ansioso por usar misericordia, usarla hacia todos, acoger a cada uno en el tierno abrazo de la reconciliación y el perdón.

Esta pregunta —*¿qué tenemos que hacer?*— la sentimos también nuestra. La liturgia de hoy nos repite, con las palabras de Juan, que es preciso convertirse, es necesario cambiar dirección de marcha y tomar el camino de la justicia, la solidaridad, la sobriedad: son los valores

imprescindibles de una existencia plenamente humana y auténticamente cristiana. ¡*Convertíos!* Es la síntesis del mensaje del Bautista. Y la liturgia de este tercer domingo de Adviento nos ayuda a descubrir nuevamente una dimensión particular de la conversión: *la alegría*. Quien se convierte y se acerca al Señor experimenta la alegría. El profeta Sofonías nos dice hoy: «Alégrate hija de Sión», dirigido a Jerusalén (*Sof* 3, 14); y el apóstol Pablo exhorta así a los cristianos filipenses: «Alegraos siempre en el Señor» (*Fil* 4, 4). Hoy se necesita valentía para hablar de alegría, ¡se necesita sobre todo fe! El mundo se ve acosado por muchos problemas, el futuro gravado por incógnitas y temores. Y sin embargo el cristiano es una persona alegre, y su alegría no es algo superficial y efímero, sino profunda y estable, porque es un don del Señor que llena la vida. Nuestra alegría deriva de la certeza que «el Señor está cerca» (*Fil* 4, 5). Está cerca con su ternura, su misericordia, su perdón y su amor. Que la Virgen María nos ayude a fortalecer nuestra fe, para que sepamos acoger al Dios de la alegría, al Dios de la misericordia, que siempre quiere habitar entre sus hijos. Y que nuestra Madre nos enseñe a compartir las lágrimas con quien llora, para poder compartir también la sonrisa.

Después del Ángelus

La Conferencia sobre el clima acaba de concluir en París con la adopción de un acuerdo que muchos han definido de histórico. Su actuación requerirá un compromiso conjunto y una generosa dedicación por parte de cada uno. Deseando que se garantice una atención especial a las poblaciones más vulnerables, exhorto a toda la comunidad internacional a seguir con solicitud en el camino tomado, en señal de una solidaridad que se vuelva cada vez más concreta. El martes próximo, 15 de diciembre, en Nairobi iniciará la Conferencia ministerial de la Organización internacional del comercio. Me dirijo a los países que participarán, para que las decisiones que serán tomadas tengan en cuenta las necesidades de los pobres y de las personas más vulnerables, como también de las legítimas aspiraciones de los países menos desarrollados y del bien común de toda la familia humana. En todas las catedrales del mundo se abren las Puertas santas, para que el Jubileo de la Misericordia pueda ser vivido plenamente en las Iglesias particulares. Deseo que este momento fuerte estimule a muchos a convertirse en instrumentos de la ternura de Dios. Como expresión de las obras de misericordia se abren también las «Puertas de la Misericordia» en los lugares de pobreza y marginación. En este sentido, saludo a los detenidos de las cárceles de todo el mundo, especialmente a los de la cárcel de Padua que hoy se unen a nosotros espiritualmente en este momento para rezar, y les agradezco el regalo del concierto.

Saludo a todos vosotros, peregrinos llegados de Roma, de Italia y desde muchas partes del mundo. En particular saludo a los que vienen de Varsovia y Madrid. Dirijo un pensamiento especial a la fundación Dispensario Santa Marta en el Vaticano: a los padres con sus hijos, a los voluntarios y a las religiosas Hijas de la Caridad; ¡gracias por vuestro testimonio de solidaridad y acogida! Saludo también a los miembros del Movimiento de los Focolares junto a amigos de

algunas comunidades islámicas. ¡Seguid adelante!, seguid adelante con valentía en vuestro camino de diálogo y fraternidad, porque ¡todos somos hijos de Dios!

A todos un cordial deseo de feliz domingo y buen almuerzo. No os olvidéis, por favor, de rezar por mí. ¡Hasta la vista!